

T.D
TD38

Tesis 279



TESIS

DEL DOCTORANDO

OSCAR JUAN CARLOS DENOVI

TEMA:

EPISTEMOLOGIA DEL
PENSAMIENTO PARA LA
REVOLUCION NACIONAL

PADRINO DE TESIS:

DOCTOR HECTOR JULIO MARTINOTTI

USAL

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

DOCTORADO EN CIENCIA POLITICA

CURSADO 1 9 8 5

PRESENTACION DE TRABAJO

1 9 8 7

INDICE

CAPITULO I

INTRODUCCION

1. El binomio "mentalidades-revolución": necesidad de un análisis politológico.....	1
2. Historia de la historiografía del problema.....	3
3. Las precisiones doctrinarias del problema.....	6
4. La metodología para el abordamiento del problema.....	8
5. El estudio de las mentalidades en la Argentina.....	11
6. La hipótesis de trabajo.....	15

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

CAPITULO II

SUPUESTOS EPISTEMOLOGICOS Y DIRECTRICES METODOLOGICAS

1. Las exigencias epistemológicas ineludibles.....	20
2. Fuentes y elementos de la Epistemología Social.....	23

3. Las directrices metodológicas.....	44
---------------------------------------	----

CAPITULO III

COMPONENTES Y REPRESENTACIONES DEL ORDEN SOCIAL PREHISPANICO E IMPERIAL

1. Las fuentes etnohistóricas.....	47
2. El cambio histórico-social: los textos del contexto.....	51
3. El cambio cultural y las órdenes sociales.....	61
4. Las mentalidades y su contexto.....	71

CAPITULO IV

ESTRUCTURA Y DINAMICA POLITICA DE LAS MENTALIDADES

1. Ensayo de conceptualización.....	78
2. Evaluación politológica de los datos históricos.....	90

NOTAS BIBLIOGRAFICAS.....	144
---------------------------	-----

CAPITULO I

INTRODUCCION



1. El binomio "mentalidades-revolución":
necesidad de un análisis politológico

Dentro del espectro de las ciencias políticossociales, incluida obviamente la historia, la íntima relación entre las nociones de mentalidades y de revolución es una evidencia que siempre, aunque en distinto grado, incluyó todo análisis sobre la estructura y razón de ser de los entes sociales colectivos. Sobre todo, el énfasis lo impone el segundo término del binomio, ese tipo de dinámica del cambio súbito que genéricamente se ha dado en llamar revolución.

La noción de mentalidades, por su parte, fuera de los antecedentes conceptuales existentes entre los griegos y ciertos pensadores orientales -vgcia. Sun Tzu ⁽¹⁾-, emerge más nítidamente en los siglos XVII y XVIII. Por ejemplo, en la obra de los misioneros jesuitas, la disciplina aparece prácticamente estructurada, al menos en las premisas esenciales, como lo está en la actualidad. En efecto, sus investigaciones se traducían, de inmediato, en verdaderas sistematizaciones, avant la lettre, de la etnografía, e integran un monumento científico

todavía no suficientemente ponderado, salvo el caso de los especialistas en misionología y su historia.

En todo caso, más conocido para el profano, quizás por adicionales motivaciones propagandísticas, es, en esta línea de pensamiento, la obra de Voltaire, publicada en 1754, "Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las Naciones". Lo concreto es que, en tiempos recientes, esta clase de estudios fue incorporada por el francés Lucien Febvre y se ubica, en términos del medievalista francés Le Goff, "en la intersección entre lo individual y lo colectivo, entre la experiencia madurada largamente en el tiempo y la de todos los días, entre lo inconsciente y lo intencional, entre lo estructural y lo coyuntural, entre lo marginal y lo general" (2).

Para historiadores, antropólogos y sociólogos, el término mentalidad atiende a la percepción que de la realidad tienen los distintos grupos y estamentos de un conjunto social. Al respecto, otro historiador francés contemporáneo, también medievalista, Duby, autor de un capítulo relativo a la "Historia de las mentalidades" en la eruditísima obra colectiva dirigida por Samarán (3), trata concisa pero sustancialmente la cuestión, al igual que lo hace en la otra obra colectiva de historiografía francesa, a cargo de Le Goff y Nora:

"En efecto, para comprender el ordenamiento de las sociedades humanas y para discernir las fuerzas que las hacen evolucionar, es importante prestar igual atención a los fenómenos mentales, cuya intervención es indiscutiblemente tan determinante como la de los fenómenos económicos y demográficos; puesto que los hombres regulan su conducta no en función de su verdadera condición, sino de la imagen que se hacen de ésta, la cual no transmite jamás el fiel reflejo de aquélla. Ellos se esfuerzan para conformarla a modelos de comportamiento que son producto de una cultura y se adaptan bien o mal, en el curso de la historia, a las realidades materiales" (4).

2. Historia de la historiografía del problema

El tratamiento científico de las mentalidades ha sido posible, más allá de los aludidos antecedentes mediatos e inmediatos, a partir del momento en que se distingue como subproducto del desenvolvimiento de las ciencias sociales en el siglo XIX. Ahí hallamos en la obra del polígrafo francés Le Bon otro antecedente directo que, para la problemática que planteamos, ofrece un especial interés. En muchos aspectos en nada desdeñables, sus estudios coniforman, en efecto, una suerte de hito casi inau-

gural. Pese a sus muchas afirmaciones más intuitivas que científicamente probadas y, por lo tanto, inadecuadamente gratuitas, gran parte de ellas, empero, son agudas y preñadas de posibilidades de certeza. De ahí, pues, que resulta innegable una erudición básica amplísima y el aporte de elementos de juicio que ameritan ser retenidos para su revisión metodológica. En lo que a nosotros interesa, sobresalen, precisamente, varias conclusiones sobre la ecuación mentalidades-revolución. Le Bon veía en la evolución social de los pueblos una "consecuencia de su carácter" (5), fenómeno que advertía claramente en el hecho que las instituciones, las lenguas y las artes se derivarían siempre del "alma" de aquellos. Su variabilidad era, para Le Bon, meramente aparente, ya que lo real radicaba en una invariabilidad muy poco mutable durante largos períodos históricos.

Es de advertir que, en lo fundamental, la idea leboniana del "alma de un pueblo" no difiere de la concepción, por cierto muchísimo más rigurosa, que los científicos sociales estadounidenses han formulado de lo que han dado en denominar "carácter nacional". La importancia que le confieren es tal, que su estudio rebasa el marco puramente académico para abarcar, incluso, su aplicación práctica mediante uno de los componentes de la doctrina de inteligencia estratégica en función de la Defensa Nacional y la política exterior (6). La misma

analogía puede establecerse con las teorías sociopsicológicas de la "personalidad social básica"⁽⁷⁾, de las actitudes grupales y colectivas -a escala nacional- y de las "representaciones" y las "mentalidades", tal como las recoge la ciencia política sistemática ⁽⁸⁾. Más todavía, la misma expresión "psicología de los pueblos" no es un arcaísmo psicosocial, como suele pretenderse, ya que por el contrario mantiene, sobre todo en la inobjetable obra científica de Miroglio ⁽⁹⁾, una vigencia incontrastable.

También en lo que hace directamente a nuestro tema, creemos conveniente reiterar la validez incuestionable de una de sus principales afirmaciones, hoy muchísimo más probada que cuando fue emitida. Nos referimos a la inalterabilidad de la psicología de masas -más específicamente, muchedumbres-, de raíz étnica (factor biopsíquico más historia) en el desarrollo de las revoluciones. Un célebre libro suyo sobre este ángulo de la Revolución Francesa llama la atención, con adecuada fuerza probatoria, sobre el fenómeno mencionado. El movimiento eclosionado desde 1789 no hizo sino continuar actualizando las tendencias centralizadoras del Antiguo Régimen, tal como emergieron en lo sociopolítico, por lo menos, desde la monarquía de Luis XIV ⁽¹⁰⁾. La comprobación ofrece relevante interés para la sociología de las revoluciones, rama de obvia incumbencia a la ciencia polí-

tica y cuya necesidad de sistematización acabada ha llevado a Jean Bachelar a proponer una metodología y un neologismo muy específico: la estasiología (11). Las principales ideas valederas de Le Bon fueron desarrolladas hasta nuestros días, sobre todo en Francia. El filósofo y sociólogo católico André Joussain epigonó al maestro en sus libros "Psychologie des Masses" (12) y "La loi des révolutions". (13)

3. Las precisiones doctrinarias del problema

La filosofía social ha encuadrado perfectamente, en la vertiente realista aristotélico-tomista, entre las causas metafísicas de lo social, la ubicación exactísima de la cuestión. Martinotti puntualiza luminosamente que:

"La individuación colectiva se plasma en caracteres psicosomáticos definidos, transmisibles por herencia y parcialmente modificables en el tiempo. Son las razas que importan la diferencia material intrínseca entre los pueblos y -a la vez- ayudan a la interna unión de cada uno" (14).

Concurrentemente, cabe resaltar la importancia de la aplicación de la metodología caracterológica al factor étnico,

como lo hizo Paul Grieger en su "Caracterología étnica" (15), con equilibradas y fundadas consideraciones. El etnotipo resultante constituye, pues, lógicamente, un objeto de extremo interés para una ciencia política que pondere integralmente el factor demológico, exenta tanto de divagaciones racistas como de burdos dogmatismos indiferentistas.

En lo que se refiere al problema argentino, el enfoque hasta ahora analizado en el planteamiento teórico, si bien ha recibido aportes significativos de ciencias auxiliares de la ciencia política, no los ha incorporado sistemáticamente a su bagaje científico. La historiografía, aunque parcialmente, ha iniciado la exhumación científica, con Pérez Amuchástegui, de una etapa en el desarrollo de las mentalidades argentinas. Otro tanto hicieron, de modo integral, a través del docto antropólogo José Imbelloni, la antropología y la etnografía, con un inestimable aporte, lamentablemente muy poco difundido, incluso en los mismos círculos universitarios, "La formación racial argentina - Se reanuda la inmigración" (16). A esto pueden sumarse las investigaciones convergentes de Peralta (17) y de Serrano (18), junto con determinados trabajos innovadores de otro antropólogo y arqueólogo argentino, Ibarra Grasso (19).

Resta la contribución de la ciencia política, que ya posee legítimos títulos sobre los tópicos de las mentalidades y la

revolución. Ambos representan, en efecto, objetos realmente propios de la politología en la medida que exprese la esencia del fenómeno, tal como lo ha subrayado, con toda precisión, el especialista francés Burdeau: "(...) la revolución sanciona el desajuste entre la vitalidad de las representaciones colectivas y la atrofia del aparato político que hubiera debido registrarlas+ (20).

4. La metodología para el abordamiento del problema

En líneas generales, nos basta seguir el comentario que Martinotti y Gorini hacen -en base a un trabajo del primero- de la definición enunciada, en el siglo XVII, por el español Saavedra Fajardo sobre la virtud política: memoria del pasado, conciencia del presente y provisión del futuro. "La memoria del pasado -dicen los autores-, que para el hombre común se agotará -como en la prudencia monástica y doméstica- en la mera experiencia personal y directa, en el gobernante deberá extenderse al pasado remoto no vivido que le aporta la historia. Para comprender el presente tampoco le alcanzará la información corriente, sino que deberá abastecerse de datos precisos y poseer un mínimo caudal de conocimientos teóricos que le permitan interpretar los acontecimientos y "explotar" la información o el asesoramiento recibido. Finalmente, la providencia (del latín pro-videre),

ver antes) necesaria para proyectar en el tiempo y en el espacio el destino colectivo, no se puede reducir al futuro inmediato (como en las prudencias privadas), sino que deberá prever con solercia las líneas fundamentales de los acontecimientos y proveer con cautela y decisión las medidas a tomar" (21).

En estas complejas operaciones, donde se entremezclan, por partes iguales, ciencia y arte políticos, el estudio de las mentalidades reviste -lo enfatizamos nuevamente- un significado harto relevante. No entraremos en el detalle de las secuencias metodológicas y su preceptiva en el análisis de las cosmovisiones y actitudes frente al orden social vigente y/o deseado, las estructuras e instituciones del Estado, la vida, las generaciones, que manifiestan cada uno de los grupos sociales de modo peculiar respecto de una misma realidad. Lo que sí consideramos necesario, en este punto, es formular algunas apreciaciones sobre aquello que resulte susceptible de ser registrado a escala de comportamiento propio del carácter nacional, tal como lo hizo, por ejemplo, en forma harto sugestiva el geoclimatólogo estadounidense Huntington. En su obra sobre los condicionamientos e incidencias geohistóricas sobre los orígenes y evolución de las civilizaciones (condiciones climáticas óptimas para la actividad cultural humana) destacó, apoyándose además en las contribuciones biotipológicas de su compatriota Sheldon (22), el significado del predominio del

somatotipo cerebrotónico en los movimientos espirituales de comienzos de nuestra era, particularmente el cristianismo, suscitando comportamientos típicos en las provincias de la Romanitas.

Los componentes actitudinales más próximos al sedimento de las mentalidades son de captación muy laboriosa y complicada. Su ausencia traba, de hecho, las posibilidades de confeccionar una historia social y política integral. De todos modos, el punto de partida evidente está representado por aquellas motivaciones profundas en la evolución social que, exclusivamente, se perciben a través de los cambios actitudinales y conductuales frente a la "visión del mundo" hasta entonces aceptada. Es por ello que todo estudio científico de las tendencias y comportamientos masivos de las poblaciones, es decir de las sensibilidades y mentalidades en los grandes grupos, se realiza en base a investigaciones, mediante técnicas específicas, de carácter obligatoriamente interdisciplinario. La ingente masa de fuentes, siempre en vías de incremento, y la multiplicidad de vastas indagaciones documentales determinan, en consecuencia, que la ciencia política deba recurrir a las ciencias sociales. Y lo hace en la condición de ciencias auxiliares o, como lo expone Burdeau, en la de los "supuestos" que ellas representan, a saber: "sociológicos", "geográficos", "demográficos", "económicos" y "tecnológicos". A estos se añaden las cir-

cunstancias: "representación y creencias" (23), es decir, los elementos de las mentalidades, cuyo estudio es jurisdicción consagrada de la ciencia política.

5. El estudio de las mentalidades en la Argentina

Todo lo antedicho sobre las varias escuelas y corrientes, de desigual valor, se reflejó, mutatis mutandi, en nuestro país. En principio, debe señalarse la existencia de ciertos análisis y descripciones que, sobre la idiosincrasia de los respectivos momentos, realizaron visitantes extranjeros. Lamentablemente, ni siquiera una compilación completa y crítica de los mismos ha sido efectuada hasta la fecha. En segundo término, hubo investigadores que intentaron seguir, con distinta agudeza y profundidad, las pautas que, al respecto, marcaban autores extranjeros, particularmente europeos. La influencia de Le Bon se acusó en "Las Muchedumbres Argentinas" de Ramos Mejía (24), que, por lo demás, retomó ciertas posiciones racistas ya adoptadas por Sarmiento en "Conflictos y Armonías de las Razas en América".

No obstante este y algunos otros casos de menor significación, lo cierto es que un estudio historiográfico metódico y riguroso, acompasado al desarrollo que la especialidad ofre-



cía en Francia, sobre todo, solamente se produjo a mediados de los años '60, cuando Pérez Amuchástegui publicó un ensayo sobre "Mentalidades Argentinas-1860-1930". Según propios términos, en él trató de discernir: "(...) cómo conceptuaban, desde sus respectivas situaciones mentales, la realidad argentina comprendida entre los años 1860-1930, quienes pertenecían al círculo que detentaba el poder (oligarquía paternalista), los paisanos que se sentían huerianos en su propia tierra (gauchos), los inmigrantes que soñaban con "hacer la América" y se enfrentaban con algo totalmente distinto a lo esperado (gringos) y los radicados en ese monstruo capitalino que es Buenos Aires, ciudad cosmopolita, desprejuiciada y desdeñosa del resto del país (porteños)" (25). Desde la perspectiva historiográfica, Pérez Amuchástegui definió precisamente el estado actual de los conocimientos argentinos sobre el tema, comentando que "(...) en países americanos donde la vetusta tradición criolla debe adecuarse a diario al impacto de las olas inmigratorias y viceversa, donde la movilidad social es ágil y dinámica, creemos que la instrumentación de las mentalidades abre campos amplísimos y vírgenes para el mejor entendimiento de nuestra realidad histórica" (26).

Este material, a su vez, debe ser procesado, con carácter prioritario, por la ciencia política. La importancia del

tema no es únicamente histórica, retrospectiva. En este caso, la historia opera como laboratorio de la politología. Las leyes inducidas tienen aplicación inmediata en el arte político, en la "materia prima" de que debe disponer el estadista. La identificación de las mentalidades y sus motivaciones a lo largo del pasado, permite prever los comportamientos de un conjunto social ante determinadas circunstancias que comportan siempre el rol de estímulos. Refiriéndose al plano de la política exterior, un historiador de calibre como Etchepareborda advierte que "deberá comprender el examen de la psicología colectiva, los sentimientos y aspiraciones de los hombres captados a través de la prensa, la tribuna parlamentaria, los documentos de las agrupaciones parlamentarias, los escritos de los pensadores e ideólogos, la propaganda de los sectores de presión, el comportamiento de quienes representen los intereses económicos, hasta conocer lo que piensen los servicios de la administración y los informes policiales sobre las tendencias de la opinión" (2

Etchepareborda también encara, siguiendo al historiador italiano de la diplomacia Federico Chabod (28), el problema del carácter nacional y las cuestiones conexas, como, por ejemplo, "la imagen de cada pueblo, de sí mismo y de sus vecinos" (29). El estudio del carácter nacional, lo reiteramos, implica, ante todo, una contribución esencial de la ciencia política a la

Defensa Nacional. Conocer el propio carácter nacional es conocernos a nosotros mismos; en lenguaje militar, lacónico pero preciso, evaluar nuestras capacidades y vulnerabilidades. Lo mismo vale para los "vecinos", tanto los amigos de ahora, que pueden tornarse en enemigos potenciales, como los enemigos, que, a veces, pueden hasta ser potenciales amigos. El general de la fuerza aérea norteamericana Washington Platt señala, en su profundo estudio sobre el tema, que: "Para tener éxito en las relaciones internacionales es tan provechoso como esencial conocer el carácter de la nación con la que se está tratando, tanto como conocer el carácter individual con una persona en el trato personal (...). Ese entendimiento pesa prácticamente en todos los aspectos de la planificación y ejecución de la política exterior. Es elemento esencial en todos los problemas internacionales, aunque la génesis del problema sea militar, diplomático, político, psicológico o cultural" (30).

Este es, sin duda alguna, un enfoque obligado, que también integra las percepciones distintas, según las épocas, de una sociedad a través de su historia. En rigor de verdad, más que de momentos distintos, según los problemas y soluciones propuestas, habría que hablar de situaciones y opciones "diferentes". Es cierto que cada generación demande, muy posiblemente, una solución diferente, un enfoque diverso en la instrumen-